

UN BUEN DÍA LO TIENE CUALQUIERA

Autor: Onomatopeya

Había una vez un cerdito, una gallina, una cabra, una oveja y un pajarito.

Hasta el día de hoy no se conocían, no se habían visto nunca y es raro, porque siempre habían vivido en la misma granja.

La granja era una más de las mil granjas que nos podemos encontrar paseando por el campo de Salamanca. Una pequeña granja, con sus encinas, con sus pastos, con su riachuelo, con sus chozas y su casita.

Un día el cerdito estaba buscando bellotas, entre las encinas, para comer y alimentar a sus dos hijos que le acompañaban. Dos lechoncitos preciosos, rosados y regordetes. Mientras estaban hozando, con la cabeza gacha, sin ver bien por donde iban se toparon contra unas tablas. Era un pajar y en él vieron a la gallina. Era blanca, redonda y con una rojiza cresta.

Le gruño el cerdo (y no es que el cerdo estuviera enfadado, es que, por si no lo sabías, los cerdos gruñen):

- Oinc, oinc. Qué haces en este pajar tú sola, gallina, pareces abandonada.

Y le cacareo la gallina (y no es que la gallina sea una parlanchina, es que las gallinas cacarean).

- Clo-clò, estoy sola, en efecto, pero solo por ahora. Si te fijas bien podrás ver que estoy incubando un huevo y de él pronto nacerá un precioso pollito. Ya sabes que durante unos días no me puedo mover casi de aquí, no vaya a ser que se enfríe el huevo y el polluelo no se decida a salir.
- Oinc, ah, vale, pues entonces no te molestamos más -contestaron los tres cerditos al mismo tiempo- estábamos buscando bellotas bajo las encinas y nos hemos despistado un poco.
- Clo-clo, vale -contestó la gallina- si queréis venir mañana, puede que ya veáis a mi pequeñín, si es que se decide a romper la cáscara.

El cerdito, ya cansado de buscar comida, y viendo que sus cochinitos estaban saciados, decide volver a la pocilga (y no es que su hogar estuviera todo sucio y desordenado, es que así se llama la casa donde viven los cerdos).

Mientras todo esto sucedía, en otra parte de la granja decidió la oveja salir a pastar algo de hierba por la pradera.

No fue la oveja la única que pensó en ello. Al poco rato la cabra también pensó que era el momento de comer esa poca hierba fresca que hay en la pradera.

Al verla llegar le baló la oveja (efectivamente las ovejas balan)

- ¡Beeeee!, yo estaba primera, así que este trozo de pasto es para mí.

Y baló la cabra (efectivamente las cabras y las ovejas se entienden muy bien, las dos balan).

- Be, pues yo voy a comer aquí mismo sí o sí.
- Be, por encima de mi cadáver. – contestó la oveja.

En menos que canta su kikiriki un gallo empezaron las dos a pegarse, a darse arrancadas...

Ante las cornadas de la cabra la oveja no tuvo otra que huir, derrotada. Mientras se dirigía a su establo (así llaman todos a su casita) iba diciéndose para sí misma:

- ¡Beeeee!, esto no acaba aquí, me vengare.

Al día siguiente el cerdo vuelve a salir con sus hijos a buscar bellotas y vuelven a encontrarse en el pajar con la gallina, pero esta vez muy bien acompañada, ya había nacido su pollito.

- Oinc, oinc. Qué tal gallina. ¿Ya salido tu pollito del huevo?
- Clo, clo. Si por fin ya ha salido, es un pollito ciertamente muy bonito.
- Oinc, oinc. Me alegro de que haya salido todo bien.
- Clo, clo. Si, muchas gracias. Ahora estoy muy atareada, tengo que buscar comida para mí y para mi pollito.
- Oinc, oinc. Vale, pues no te entretenemos más. Que tengas mucha suerte, la vas a necesitar.
- Clo, clo. Muchas gracias, que tengáis un buen día y que encontréis pronto abundantes bellotas.

Un poco más allá, en la pradera, la cabra está pastando. Mientras, la oveja, algo alejada, no deja de observarla.

En cuanto la cabra se aleja un poco de la pradera, bien a beber agua, bien a dar unos saltitos entre los peñascos, la oveja aprovecha, corre, come un poco de pasto y se marcha otra vez corriendo, antes de que vuelva la cabra. Es un sinvivir.

Según se aleja, la oveja se encuentra con un intruso por medio: un pajarito. Un pajarito desconocido, estaba segura de no haberlo visto antes por la granja. A simple vista parecía inofensivo.

El pajarito se puso a piar (de que otra manera puede hablar un pajarito):

- Pío. ¿Qué te pasa oveja?, pareces muy enfadada.

- Be. Que la cabra no me deja comer aquel pasto y yo lo encontré primero. No es justo, el pasto tiene que ser de todos.
- Pío. ¿Y por qué no te deja, te ha hecho algo? , veo que tienes rasguños y moratones.
- Be. Si. Nos pegamos y ella me dio unas cornadas muy fuertes.
- Pío. ¿Pero por qué no podéis compartir la pradera? ¿Cómo empezó todo?
- Beeee. Yo llegué antes. Estaba pastando cuando llegó ella. Le dije que se fuera, que la pradera era mía porque yo había llegado antes. Así que breve estábamos pegándonos. Ahora la cabra cree que el pasto es suyo, y yo creo que hay para todos, por lo que podemos compartir.
- Pio, pio. Pues no debéis de seguir así, en la granja hay sitio para todos, algún día tendréis que hacer las paces.
- Beeee. Ya lo sé. Sí, algún día que la pille de buenas tendré que balar con ella.

Al día siguiente la oveja salió del establo. Concretamente salió a dar una vuelta y ver si encontraba algo de pasto por los rincones de la granja. Ciertamente hacía un día precioso, soleado y de temperatura muy agradable.

En su caminar se topó con la cabra. Dudó entre darse la vuelta y salir corriendo o enfrentarse definitivamente a la situación. Decidió lo segundo. Oyó un clac, clac, clac, por debajo de su cabeza. Miró y eran las sus rodillas: le temblaban las patas y hacían ese ruido al chocar entre sí. Aun así supera todo el terror, se llenó de valor y se dirigió hacia la cabra.

- Beeee. Buenos días. Tú y yo tenemos que balar. Lo de estos días no es justo. El pasto es de todos. Ciertamente que el otro día estuve muy desagradable cuando te dije que te fueras, que yo había llegado antes, pero no pienso pasar más por el que te hagas la matona. De aquí también tengo que comer yo. Las dos somos de esta granja y debemos compartir el pasto, hay suficiente para las dos.

La cabra no sabía muy bien qué hacer ¿una cornada? ¿ponerse a balar como una loca? ¿pedir ayuda? ¿salir corriendo? ¿echarse al monte?... o hacer lo más fácil y más difícil a la vez, reconocer su error y el valor de la oveja. Tras un dubitativo balido se le oyó decir.

- Beee. Vale, de acuerdo, un mal día lo tiene cualquiera. Seguro que si comemos juntas esté hasta más sabrosa esta hierba.

Cabra y oveja se deleitaron con el rico pasto y disfrutaron de una grata y apacible comida.

A partir de entonces cada día salían juntas a buscar nuevas praderas donde tener una fresca y, sobre todo, tranquila comida.

Compartir, sin duda, es más gratificante que discutir y hacerse con el poder sobre los demás, ya que esto lleva a que te tengan miedo y a una situación terrible como puede ser "LA SOLEDAD".